

## Los narradores de ficción

*Michel Foucault tal y como yo lo imagino*, de Maurice Blanchot, Pre-textos, Madrid, 1988.  
*El pensamiento del afuera*, de Michel Foucault, Pre-textos, Madrid, 1988.

El lenguaje de la ficción está amenazado, y nunca tanto como ahora en que se le pide ser el mediador entre hombres y cosas. Sin embargo, Foucault ya había dicho que la ficción no se encuentra allí donde están los hombres y las cosas, ni tampoco entre ellos, en el espacio tendido

por el deseo occidental del poder que produce incansablemente. Foucault dijo, y dijo bien, que en la imposible verosimilitud de aquello que está entre ambos permanece intranquilamente lo ficticio.

En este espacio improbable de la ficción, donde el lenguaje se vuelve medida, cautela y discreción, Foucault y Blanchot pueden enfrentarse y hablarse uno al otro. El tiempo no quiso que se encontraran, si no fuera en las improbables líneas de Blanchot, quien escribió en 1986 que le había dirigido unas palabras en mayo de 1968, no importando en ese entonces a quién las dirigía.

No obstante, el encuentro es posible. Lo imposible, curiosamente, es la teoría, por un lado, y la literatura, por otro. Me explico. Lo imposible es sujetar, en una experiencia habitual de lectura, dos discursos que, rindiéndose pleitesía entre ambos, imitan y simulan ser el otro, pero sin intención. Hablar de otro corre el riesgo de manifestar en este solo acto su inexistencia: designarlo con la palabra es hacerlo desaparecer de la escritura. Tal vez en ello reside el ingenio de ambos textos, que, en un afán por conjurar los demonios del lenguaje, se niegan a nombrar al otro si no es a través de su suplantación.

Michel Foucault, tal como Blanchot lo imaginara, es la triste víctima (aunque el mismo Foucault se proclamara un optimista feliz), más por el destino de los tiempos modernos que por algún sino perverso y personal, de una preocupación por lo que no le gusta y por lo que siente fundadas sospechas. El hombre, de quien anunciara un próximo fin, esas ciencias humanas de las que presiente una desaparición sin pena ni gloria, no dejaron de ser nunca sus obsesiones.

El Foucault que Blanchot imagina es una suerte de signo de los tiempos, no sólo el anunciador del destino de la modernidad, sino destino él mismo hecho dolor en su muerte. Un destino que hace de la teoría una ficción acercándola a la literatura: un destino ineludible para Foucault. Pero, por igual, un destino moderno que, emparentando la literatura y la teoría por esa condición de ficción de la que ambas se ejercen, hace de la primera un espacio fascinante y de la segunda una especie de diagnóstico malévolo de los tiempos.

Esta condición de ficción, esta ilusión de la autonomía del discurso, como la llama Blanchot y que

como literato le fascina, anuncia las relaciones múltiples entre el saber y el poder, y la obligación, tanto del filósofo como del escritor, de someterse al viejo deseo de la búsqueda de la verdad.

El escritor de ficciones que es Blanchot no puede dejar de inquietarse por la verdad: la autonomía del lenguaje es una suerte de amenaza permanente que lo obliga a considerar las condiciones en las que esa ilusión puede llevarse a cabo.

Ser escritor de ficción e inquietarse por la verdad es también, como quiso Foucault, ser atraído por la ilusión de la autonomía del lenguaje. Seducido por la ilusión, Blanchot es un moderno. Él, asimismo, es un anunciador de los tiempos para la mirada de Foucault. El destino moderno es a la vez su propio destino.

Si la labor de la filosofía en la actualidad es, en gran medida, la de diagnosticar el presente en el que estamos envueltos y precisar en él nuestro lugar en tanto que pensadores; si reflexionar sobre el presente es hacer uso del lenguaje para hablar del ahora y nuestro lugar en él sin manifestar otra cosa que la propia posibilidad del lenguaje de ser el *afuera* de los hombres y las cosas, entonces, me parece, el creador de ficciones es filósofo y hombre de letras a la vez. Quizás convenga decir incluso que ese diagnóstico del presente que se espera tanto de la literatura como de la filosofía no puede dejar de ser un producto de la más salvaje ficción.

La inquietud por nosotros mismos, no en tanto que pura interioridad, sino en cuanto encadenamiento prometeico al presente, es también un signo de los tiempos, un destino que compartimos con la modernidad.

Pero la preocupación por sí mismo del escritor de ficciones, aun siendo característica del destino moderno, se revuelve contra él. La revuelta se torna manifiesta cuando la inquietud del escritor es sobre su propia figura.

La figura del autor o la función de la autoría, siempre paradójica, han fascinado a la literatura de la modernidad. Cuando el lenguaje está llamado a desatarse, a abandonar la interioridad del pensamiento, a desgarrarse del sujeto mismo y a hacer desaparecer a aquel que habla, no es el autor el que se desvanece. Blanchot preferiría hablar de la condición del anonimato, la ignorancia de quien habla, la imposibilidad de





apropiarse de un discurso que es, en su manifestación, pura exterioridad, simulacro puro. El anonimato de este discurso que no sólo designa la ficción, sino a la misma experiencia de un "pensamiento del afuera" a la manera foucaultiana, paradójico y limitrofe, no debe confundirse, sin embargo, con otra amenaza del pensamiento moderno: la intercambiabilidad.

Foucault enunció lo que Blanchot describe como exigencias ambiguas y obligaciones perversas de un progresismo ineluctable: la necesidad de cartografiar el espacio con el fin de detectar, según reglas estrictas, las regiones de la enfermedad, de tal suerte que los cuerpos aprenden a someterse a una disciplina que les permite funcionar como unidades intercambiables. Esta tecnología corporal, que fuera puesta en práctica en tanto que tecnología contra el empuje de la peste, más tarde encuentra su espacio de ejercicio tanto en hospitales como en escuelas, esto es, en instituciones disciplinarias.

Cita Blanchot: "En la disciplina, los elementos son intercambiables, ya que cada cual se define por el lugar que ocupa en la serie, y por la distancia que le separa de los demás". La fragmentación que obliga al cuerpo a dejarse registrar y desarticular tiene la trágica ventaja de volver inútil la violencia física sobre el cuerpo.

Ahora bien, la condición moderna de la intercambiabilidad de los sujetos no debe ser confundida con la desaparición de la función de autor en el texto. La intercambiabilidad es una cosa y el anonimato, otra muy distinta. La situación paradójica del autor que desaparece de su texto como principio de inteligibilidad y que requiere refutación permanente, de despojarse continuamente no sólo de lo que se dice, sino también del poder de decirlo.

Olvido de sí mismo, angustia de una ficción siempre recomenzada, el lenguaje de la ficción demanda al escritor el anonimato ineludible.

No se trataría de negarse a una reflexión sobre la verdad, sino experimentar con una verdad que es a la vez olvido y no reconciliación con uno mismo: una figura de la verdad sin recurso a la identidad.

Blanchot nos recuerda que incluso las pretensiones de la subjetividad son ilusorias, esto es, ellas también forman parte de las ficciones que el narrador de ficción (Foucault) ha escrito. En alguna

ocasión, Foucault reconoció no haber escrito otra cosa que ficciones, y en otra, recuerdo que afirmaba que poseía unas maneras bastante salvajes de relacionarlas.

Todo lector prudente de Foucault sabe, como lo supo Blanchot, que una cosa es narrar ficciones y otra muy distinta extraer conclusiones morales y políticas de nuestra forma de relacionarlas. "Hacer funcionar las ficciones" en el interior de la verdad no es extraer conclusiones morales; por el contrario, lejos del comentario, ese hacer funcionar es reflexionar sobre aquello del lenguaje que existe de antemano, que ya ha sido dicho, impreso o manifestado, es integrar en los relatos de la verdad toda esa vertiente de experiencias del afuera, por improbables que sean, experiencias del afuera del lenguaje, no porque sea lo silenciado, sino, por el contrario, por ser lo demasado a la vista expuesto.

Los dos libros de los que hemos escrito, aunque separados en el tiempo por un lapso de veinte años, no hacen sino encadenarse por otro tipo de lazos intemporales. Ambos son ejemplos de ficciones, de fábulas sobre y desde la modernidad. Si es cierto lo que decíamos más arriba en relación con un afán diagnosticador del presente en el pensamiento contemporáneo, entonces Foucault y Blanchot se muestran profundamente cercanos a este destino.

De este destino común no puede desprenderse la semejanza más que para un pensamiento ingenuo que se complazca en la inmediatez: si bien es cierto que el texto de Foucault, de 1966, se escribió con el propósito de un homenaje a Blanchot que apareciera en el número 229 de *Critique*, a la vez que el de Blanchot fuera hecho como homenaje a la figura de Foucault después de su muerte, la similitud entre ambos se agota en estos actos intencionales. Fuera del acto elegiaco que los hace nacer, los dos textos, los dos relatos, erigen la figura de la modernidad como signo de los tiempos.

Más allá de la disputa sobre la modernidad, ella misma moderna, ambos textos pueden pensarse como el trazo de una de vías modernas del pensamiento que hace de la posibilidad de la ficción la condición de todo discurso posible. ■

Ana María Escalera  
(FFyL/UNAM)

## Indiscretos espejos

*Secretos espejos*, de Adolfo Sánchez Rebolledo, ASR (edición de autor), México, 1989, 59 pp.

"Tinta china sobre el blanco verjurado", *Secretos espejos* materializa otra más de las múltiples encarnaciones de Adolfo Sánchez Rebolledo, editor de revistas de izquierda, dirigente y analista político, cactófilo desenfrenado, productor de radio, cine y televisión, amigo de más de cuatro, biólogo honorario y, finalmente, poeta.

Se asume artesano. Sea. Por fin

